

DE BUENAS LETRAS

Lecturas de pasión

ANTONIO SÁNCHEZ TRIGUEROS De la Academia de Buenas Letras

Me ocurre con el género novela lo que a muchos lectores, que conforme van avanzando en edad prefieren releer a los clásicos antiguos y contemporáneos antes que aventurarse en novelas o novelones de hoy, a los que, llegado el caso, yo personalmente doy la oportunidad máxima de cincuenta o sesenta páginas para que atraen mi atención.

Me preguntan si he leído a Posteguillo, y respondo: «Tras de mi no vengas, porque te metes en una de sus novelas romanas y de inmediato te amenaza con dos trilogías de mil y pico páginas». Sinceramente, prefiero volver a las novelas que me apasionan, por ejemplo 'El Gatopardo', que desde hace décadas recupero todos los veranos junto con la historia de España de Domínguez Ortiz, al que imagino silencioso a mi lado velando mi lectura. Pues bien, junto a esa lectura, antes

o después vuelvo a la adaptación maestra de Visconti. He aquí dos objetos de culto en feliz coincidencia con el académico profesor Abad. Y ahora un poco de historia.

Primero conocimos el film (1963), después leímos la traducción de Fernando Gutiérrez para Editorial Noguer (1963), que se ilustra con fotografías de la película; y en el curso 1965-1966 el entonces lector de italiano en la Licenciatura de Románicas, prof. Caldi Scaldini, finísimo y sensible, nos propuso la traducción en clase del romance de Lampedusa (Feltrinelli Editore), que gozamos muchísimo en el Aula 7 del Palacio de las Columnas, de Puentezuelas. Sin duda Visconti acertó plenamente finalizando su película con el capítulo del baile; cierto, pero yo siempre aconsejo que, acabado su visionado, de inmediato se lea el capítulo de «la muerte del prín-

cipe», ocurrida veinte años después del final cinematográfico (julio, 1883). Es un capítulo bellísimo donde la voz narrativa nos cuenta detallada y minuciosamente cómo el príncipe siente que con lentitud inexorable se le va la vida.

«Erano decenni che (don Fabrizio) sentiva come il fluido vitale, la facoltà di esistere, la vita insomma, e forse anche la volontà di continuare a vivere, iban ritirándose lenta pero continuamente de él, como se agolpan y van pasando unos tras otros, sin prisa y sin pausa, los granitos por el estrecho orificio de un reloj de arena. (...) Bastaba con que prestase un poco de atención para percibir el rumor de los granitos de arena que se deslizaban leves, de las partículas de tiempo que escapaban de su vida y lo abandonaban para siempre...» (traducción de Ricardo Pochtar, más sugerente que la siempre correcta de Gutiérrez).